

AÑO IX.—Nos. 7 A 9.—SEPTBRE. DE 1927

Repertorio Histórico.

ORGANO DE LA

ACADEMIA ANTIOQUEÑA DE HISTORIA

DIRECTORES, LOS DIGNATARIOS DE LA ACADEMIA:

Julio César García, Presidente; Julio Restrepo Laverde y Estanislao Gómez Barrientos, Vicepresidentes.

Agente General:

CARLOS A. MOLINA

Secretario de la Corporación.

CONTENIDO

	Págs.
Apuntes históricos sobre San Lorenzo de Yolombó, <i>Joaquín G. Ramírez</i>	129
El Dr. Pedro J. Berrío y la Iglesia Católica, <i>Bernardo Mejía Escobar</i> , Pbro.....	199
Remembranzas heroicas, <i>Bernardo Puerta</i>	207

IMPRENTA OFICIAL. MEDELLÍN

Repertorio Histórico.

ORGAN DE LA ACADEMIA ANTIOQUEÑA DE HISTORIA

Director, **JULIO CESAR GARCIA**

Presidente de la Academia.

AGENTE: CARLOS A. MOLINA, SECRETARIO DE LA ACADEMIA

AÑO 9º || MEDÉLLÍN, SPBRE. DE 1927. || NOS. 7 A 9

APUNTES HISTORICOS SOBRE SAN LORENZO DE YOLOMBO

Para la Academia Antioqueña de Historia, como tributo de admiración y deber de gratitud de su correspondiente,

Joaquín G. Ramírez

Medelín—1926.

CONCEPTO

de la Comisión de la Academia Antioqueña que estudió este trabajo.

Sr. Presidente de la Academia Antioqueña de Historia.—
Ciudad.

He leído con la debida atención el estudio presentado a la Academia por el Socio Correspondiente Sr. Joaquín G. Ramírez, intitulado “Apuntes históricos sobre San Lorenzo de Yolombó”.

En tres partes divide el autor el mencionado trabajo: En la primera trata de asuntos de historia general

y hace relación de los primeros descubrimientos de los peninsulares en tierra firme; en la segunda reproduce alguna correspondencia epistolar en relación con la historia de Yolombó y trata más de cerca del establecimiento y colonización de aquellas tierras, y, por último, en la tercera parte, se reproducen algunos documentos originales, tomados del archivo de aquella población antioqueña.

Todo lo que se relaciona con la historia y las tradiciones de nuestras poblaciones es de un interés grande para el mejor conocimiento de la índole de nuestros pueblos y para explicarnos el por qué de nuestras costumbres, etc... El origen del nombre mismo de las poblaciones se nos escapa muchas veces, y sería muy conveniente averiguarlo. En el caso del estudio del Sr. Ramírez se pregunta uno si el nombre de aquella importante población tiene relación con el del árbol de la familia de las Proteáceas, llamado Yolombo, y que en Historia Natural lleva el nombre de **Andipetalum Polystachium**.

No comparto con el Sr. Ramírez la opinión de que Heredia hubiera venido en su expedición hasta Yolombó, y menos aún que aquél se realizara antes que los tenientes de Robledo hubieran hollado ese territorio.

Los documentos originales con que el Sr. Ramírez adoba sus Apuntes son de interés y nos ilustran una vez más acerca de la manera ingenua como vivían nuestros antepasados, y de los detalles de una existencia sencilla y sin complicaciones, pero llena de lances caballerescos.

Termino este informe proponiendo a la Academia:

“Dénse las gracias al Sr. Joaquín G. Ramírez por sus Apuntes históricos sobre San Lorenzo de Yolombó y publíquense éstos en el Boletín de la Academia”.

Medellín, octubre 27 de 1926.

Sr. Presidente, vuestra comisión,

Emilio Robledo

PRIMERA PARTE**ANTECEDENTES HISTÓRICOS****CAPITULO I****El Descubrimiento.**

EL SIGLO XV...! No hay en la historia de los hechos mundiales página tan brillante como la que dejó escrita esta época de aventuras y heroísmos cuasi-fantásticos, en que el valor y la audacia llegaron al más alto grado. Trastornadas las teorías que constituían la base y sostén de la verdad humana, y vacilantes las luces encendidas en el campo de la ciencia por la sabiduría limitada de los investigadores del tiempo, no hubo ya lugar del globo a donde el hombre, portador de vida y progreso, no llegara mediante los esfuerzos superiores de su energía dominadora y fecunda.

Pero la formidable revolución efectuada durante el paso de este siglo derrochador y admirable, iba a tener como epílogo la empresa más colosal de la Historia. Reservaba la fortuna—diosa caprichosa y ligera—al incógnito Occidente ser el punto de atracción de las miradas de Europa, rivalizando al misterioso Oriente con la realidad de lo tangible y la verdad de lo visto. Renacía la luz con fulguraciones de arrebol en las playas dormidas de una Tierra Virgen, plena de vigos desconocidos. Dijérase una transformación del Mundo, y que éste, renovado y fecundo, se abría como planta nueva, propicia a recibir el polen maravilloso de la conquista, entregándose a los hombres que violaron sus secretos.

Soñador y Loco apellidaron al descubridor de un Mundo los reyes y cortesanos de España y Portugal. Incapaces de comprender su alma grande, de valorar sus conocimientos y de pesar su mente atrevida y portentosa, lo desdeñaron y, pretendiendo confundirlo en la herejía, plantaron sus estudios y meditaciones frente al misterio insondable de la Divina Verdad. Horas amargas y sombrías pasaron para ese corazón calcinado por

el ideal, y no lograron que se amortiguara el fuego sagrado, nacido al calor de la ciencia y entre la sabiduría que se adquiere con dolores. Y como para resarcirse de la pena que lo abrumaba, poníase a mirar cómo el Sol, en su poniente de oro y escarlata, formaba mundos y mares, montes y hondonadas, con el apiñamiento fastuoso de las nubes veraniegas. Sí, no había duda: hacia allá, siguiendo el dedo gigante de la mano que forma el Cabo Finisterre, estaba el Continente, el Imperio de sus soñaciones...

Todas estas tribulaciones eran precisas. Nunca las grandes ideas se toleran en paz, ni las revaluaciones sublimes han caído como rocío bienhechor en el corazón de las gentes; y la Verdad y el Arte—que son Gloria y Luz—atraen siempre la indiferencia, cuando no el odio perseguidor de las muchedumbres. Cristo fué el primer perseguido. Y tras El debían seguir los imitadores de su voluntad, los visionarios todos del futuro...

Y por todo esto, que escrito estaba en las páginas dolientes de la Humanidad, y porque así convenía a la magnitud de la empresa, **Don Cristóbal Colón** anduvo tras la Corte de los Reyes Católicos asistiendo a la lenta eliminación de la civilización árabe... Hasta que pudo el entusiasmo fervoroso de un Fraile Franciscano, cuyo entendimiento había comulgado con la sapiencia del genovés, encender el corazón grande y aventurero de **Isabel**, y sus joyas fueron la prenda de rescate ofrecido para sufragar los gastos de aquella empresa.

El Siglo de las hermosas audacias tocaba a su fin. Un día, **12 de octubre de 1492**, la pobre y desastrada expedición, de tres carabelas y ciento veinte hombres, avistó los umbrales del misterio. Extraña visión verde, medio oculta entre las brumas del amanecer, fué **Guanhaní**, la isla dichosa donde Colón puso su planta en la mañana más dulce y consoladora de su vida. Cedamos la palabra a Cantú: “La palabra **Tierra, Tierra**, se repitió de boca en boca. La alegría enteramente material que reinó en la chusma por haber salvado la vida y encontrado aquellos países, ¿tiene algo qué ver con el intenso placer de Colón, que vió colmados sus deseos de treinta

años, mudando los sarcasmos en aplausos, que vió descubierta un mundo nuevo, coronados sus esfuerzos de media vida y abiertos nuevos y gloriosos triunfos para la otra mitad? Este es uno de esos momentos que sólo conoce el verdadero genio, y que basta para recompensar una vida llena de abnegación y de padecimientos. El sol del 12 de octubre alumbró una de las islas más bellas, en cuyos bosques brillaba un verde desconocido, y de la cual salieron una multitud de hombres desnudos y admirados. Echadas al mar las chalupas, vestido de gala y con el estandarte real en la mano, desembarcó Colón; rodeado de un aire balsámico, de una vigorosa vegetación y de una satisfacción que el vulgo no entiende, postróse en tierra para dar gracias a Dios, y tomó posesión del país”.

Así contemplaron los ojos de aquel vidente de cabellos canos y alma atormentada las primicias del Mundo Nuevo...

Tres veces más las carabelas del Almirante surcaron las aguas oceánicas; tres viajes triunfales que dieron a España el dominio sobre toda la trayectoria solar; y esos cuatro memorables esfuerzos de Colón fueron como el unirse de los eslabones de las cadenas que lo sepultaron en el abismo de las ingraticudes humanas y prepararon su oscura y solitaria muerte, digno castigo por haber creado un Mundo.

Desapareció Don Cristóbal del mundo de los vivos a tiempo que la tardía justicia grababa sobre el escudo real famosa leyenda, y no llegó a soñar, ni nadie a decirsele fué, que era dueño de un inmenso Continente, y que sus teorías sobre la región que buscaba estaban equivocadas.

Tál acabó el Siglo XV. Y en este maremágnum de revuelta y confusión, cuando la faz de lo conocido se ampliaba y nuevos horizontes se abrían al ingenio y al valor, el Siglo de la Conquista vino a cumplir su misión...

CAPITULO II

La Conquista.

España, madre augusta, emuladora del Olimpo en las empresas mitológicas, y continuadora de las campañas de Roma, despobló ciudades y abandonó los campos donde el sol reía con el oro de los trigos y el jugo de las uvas, para invadir con su idioma sonoro y sus altos ideales el Nuevo Mundo. Fué la época de los hombres de hierro, el tiempo en que las energías tuvieron un alto florecimiento de recia irreductibilidad. Y aquellos semidioses, dignos descendientes del Campeador, y herederos de los campesinos atléticos y bravos que un día, con el hacha de sílice en la mano, arrojaron a los usurpadores del patrio suelo, se vieron con un motivo justamente adecuado a sus instintos.

América era un Continente fecundo, maravilloso e inagotable. Sus bosques misteriosos guardaban cuanto el ojo europeo no soñó contemplar nunca. Nieve eterna lucían las montañas gigantescas que jugaban a besarse con el azul imperecedero de los cielos. Oro, es decir, dicha y nombre y promesas de ventura, guardaban sus entrañas en cantidad imponderable. La brisa enamorada rizaba la tez de sus enormes ríos, mares internos que se desperezaban a lo largo de las florestas encantadas. El rugir de dos océanos adormecía la Tierra inviolada, ponía barreras infranqueables con el mundo exterior y, monstruos puestos de guardia, protegían la codiciada joya besando reverentes sus arenosas playas. Millones de hijos eran señuelo de próximas riquezas para los dominadores de sus riscos... El Continente Americano era prolífico y maravilloso. Extendido entre los Polos, con todos los climas y productos imaginables, a la verdad que fué digno teatro del magno drama de la Conquista, llevado a cabo por España, la grande, la magnífica...

El alma de la raza ibérica, culminante en su feroz independencia, autónoma y bravía, amiga de aventuras y novedades, al verse frente a la joven América sintió renacer todas las epopeyas de su agitada historia, e indisciplinada y soñadora aguzó su ingenio para la mag-

na empresa. Por el momento, el asombro veló la visión fantástica, pasó como una película maravillosa y a los repliegues hondos se abismó como un espejismo de estumbrador, y el espíritu subió hasta Dios en muda adoración... Pero pasado el impulso inicial, retrotrajeron los instintos lo atávico, y se creyeron dueños y señores de la tierra, árbitros de su destino, seres superiores, conociendo toda ley y saltando por sobre los trivales decoros, con la ambición por ideal. Los más trirenacer todo su individualismo, los conquistadores se entregaron, con el furor de una raza inventada, a la conquista de los países nuevos.

Jamás pueblo alguno de los que integran el orbe presenció, aunados, heroísmos y virtudes, crueldades y odios, como este Continente. El valor a lindes con el sacrificio llevado a lo sublime. El crimen y la ferocidad surgiendo rojos de sangre como en las arenas del Circo Romano. Todo lo que de extraño año y complejo guarda el alma latina, a veces tierna y dulce como una oveja, en ocasiones salvaje y brutal como la hiena, se vió florecer en estos campos llenos de misterio y poesía.

Y no cabe duda, no es aventurado afirmar que el influjo de nuestro ambiente tuvo la mayor parte en este cambio operado en el alma del español. Porque pueblo donde florecieron como pres-símbolos como Don Juan Tenorio y Don Quijote de la Mancha, Gil Blas de Santillana y Sancho Panza; donde las más curiosas tonalidades de razas arcaicas más raras se dieron; productores y enamoradas como el árabe y de volunarios, aidos y robustos como el vasco, tesoneros y ponente, tenía que dar algo **sui-géneris**, cuyo ejemplo fué el soldado conquistador que se llamó Hernán Cortés, Pizarro, Robledo, César, Belalcázar....

¿Craslado este fruto de razas aparentemente distintas a un suelo como nuestro Continente, frente al inviolado sagrario de riquezas, defendido por aborígenes medrosos y asustadizos, ¿qué revolución interior no sentirían esas almas? ¿Cómo no flotar las reservas acumuladas por los siglos y los acontecimientos en esos corazones de pedernal?

Epopeya de valor y de voluntad fué la Conquista.

Obra que no ha de repetirse jamás, porque fué el ¡alto ahí! puesto por Dios al arrojó de los hombres. Hacer surgir un mundo de las teorías y de las investigaciones; presentarlo a la Humanidad como un trofeo de perseverancias y estudios; hacer tangibles las visiones de un cerebro atormentado, y poner gloriosa lumbre sobre una nación aventurera y ebria de locuras, es empresa que asombra y que conmueve. Vigorizar ese mundo; infundir sobre él un soplo de realidad; crearlo nuevamente, mediante el esfuerzo del brazo, y llevar, al través de selvas y de ríos, caudales de savia pobladora, es algo para cuya denominación apropiada nos precisa ir hasta la hipérbole, agotar las semejanzas de lo escrito y llegar hasta la Mitología, en cuyas fábulas se halla la palabra adecuada, digna de este milagro del esfuerzo humano...

CAPITULO III

Caracteres esenciales de la Conquista.

Anotábamos en el capítulo anterior los precedentes impulsores de la conquista americana, desde el punto de vista de la autonomía racial, que es la característica del pueblo español. En efecto, los vasallos de la Monarquía Hispana, al parecer unidos para las grandes empresas, conservaban una independencia de procederes que descolló siempre en el exagerado municipalismo, fuente viva de la bravura personal y alentador de caracteres dominantes y altaneros. **“Nosotros, que valemos tanto como Vos, y juntos más que Vos”**—fórmula usual del tratamiento de los Señores a su Rey—dice muy bien la clase de individualidades que venía a conquistar el Mundo recién nacido. Fenómeno más que natural era la exacerbación de su independencia frente a la Virgen América.

Esta singularidad, propia de la raza latina, data desde los tiempos del poderío romano; tuvo manifestaciones esenciales en las conquistas del Siglo XV; descolló en el colmo de la ingratitud cuando se amargó la vejez del Almirante, y se ha impuesto, al través de los tiem-

pos y de los acontecimientos, con la fuerza del atavismo y la sugestión de la herencia.

Todas las empresas llevadas a cabo durante el éxodo de la conquista de América partían de la base de un solo individuo, de un aventurero audaz, que ansiaba riquezas y nombradía mediante su propio esfuerzo. Realizábase así el tipo del luchador futuro, que había de cantar Smiles y de enaltecer el genio yankee. Y pronto comenzó la desbandada. Desde luego que algún expedicionario lograba salir de un territorio conquistado por el Jefe a cuyas órdenes se alistara, atribuíase facultades omnímodas, adueñábase del lugar descubierto y, trazando líneas imaginarias, imprecisas, sin conocer lo que encerraban, se titulaba dominador y reclamaba para sí todas las prerrogativas.

Pero esto no se hacía pacíficamente. Por regla general, cada nuevo descubrimiento, fundación o conquista afectaba de manera sensible la susceptibilidad de los dominadores aledaños. Las más encarnizadas disputas surgieron por los pretendidos abusos de mando, usurpación de derechos e invasión de dominios. Las nuevas tierras fueron un semillero de pleitos y demandas, que dió no poco que hacer a la Corona, dueña y Señora de un Continente inmenso, donde súbditos altivos se destrozaban en luchas vergonzosas, aunque no exentas de grandeza de alma, y llegaban hasta negar los derechos reales sobre las tierras. Y no era el español, ciertamente, quien esperase en paz la tramitación de su juicio, ni, menos aún, quien diera por justas y buenas las decisiones de los Oidores y Fiscales enviados por la Corte como árbitros de paz.

Sabía muy bien el hispano que, tras la sentencia vernal del Juez de Residencia, un nuevo ambicioso surgía en él y que era maleante del criterio este ambiente americano, rodeado de doradas leyendas, fascinador y lejano.

No en balde, en recio batallar con la Naturaleza hostil, gastara sus energías, exponiendo la vida, para ser amo de lo que conquistó su brazo. El valor era su ley y la ambición su expediente. Y la ambición y el valor lo empujaron a la guerra fratricida, donde sus armas

gloriosas se tiñeron otra vez en sangre europea, sangre de leones bravíos que limpió para siempre, redimiéndola de baldón y cobardía, la roja y débil del salvaje aborigen...

Los muros de los primeros pueblos recibieron esta confirmación de óleo sangriento. Junto a las fundaciones recientes se trabó la lucha tenaz y larga por el logro personal, por el usufructo de la tierra inmensa, por el dominio titular de las mudas extensiones de selvas y de ríos. Justa compensación fué ésta de la sangre inocente derramada en la Conquista. Equilibrio natural de los acontecimientos, cuya sucesión, en el tiempo y en la historia, va tomando las revanchas del pasado. Eterna lucha de la humanidad, la pugna por el mando, para reinar el más fuerte, el tormento de las castas inferiores y abatidas...

Los capitanes valerosos, los héroes de la empresa asombradora y magnífica, a quienes la constancia sublima y la energía endiosa, todos ellos, en el paroxismo del odio, cayeron en esta lucha despiadada y cruel, y nos dejaron para siempre escrita una página negra, imborrable en la Historia de la América, como que aún subsiste en la forma de guerra civil en nuestras revueltas democracias.

El Dr. Uribe Angel, criterio de alto valor, al referir estos deplorables acontecimientos, dice: "Todo esto puede considerarse como los prolegómenos de un episodio que va a desenvolverse a nuestra vista. Es un asunto de guerra civil entre europeos, quienes, sin haber tomado entero y absoluto señorío de la tierra, arrojan sobre este suelo desventurado la semilla fatal de las discordias intestinas, semilla que permanecerá oculta e ignorada, germinando lentamente, echando raíces para mostrarse en todo vigor tres centurias más tarde".

Este desiderátum de conquista dió origen a la diversidad de tendencias que se advierte en las regiones que forman el conjunto americano. Y como el ideal fué uno mismo en los lugares que hollara la planta conquistadora, ha resultado que ni el clima, ni el ambiente, ni la inmigración lo abaten. Aún manda el espíritu indivi-

dualista de la noble y legendaria tierra española. Es, a veces, el exagerado regionalismo de las secciones, o el expansionismo de pueblos vecinos, que provocan a sus hermanos; y siempre, como herencia fatal, el egoísmo desconfiado de las naciones, el aislamiento dentro del mismo Continente, en busca, tál parece, de una disgregación definitiva, contra la cual se oponen los fuertes lazos de la comunidad de origen, lenguaje y religión.

Todavía, como en la época conquistadora, nos odiamos. Y nos seguiremos odiando, mientras sola tendencia, presuntuosa y egoísta, obtenga y conserve el usufructo del Gobierno; mientras los colores nacionales, sagrados y purificadores, sirvan de marco a los caudillos de partido; y siempre, y por toda nuestra vida autónoma, en tanto que a los intereses primordiales de la Patria oponamos, como único motivo de actividades, las ideas de lucro personal y de bandería.

Nos odiamos mutuamente hasta que el empuje avasallador de una raza potencialmente superior a la nuestra en fuerza mecánica, pero antagónica en ideales y anhelos, infiltre su savia en nuestro organismo nacional y desaloje los atavismos latinos y vigorice nuestros principios. Quizá sea ésta la suerte que se nos viene, irremediable y fatal. Para cuando ello suceda—que ojalá se retarde—esta alma latina, soñadora y sensual, que presidió los delirios de Colón, y avivó el ingenio portugués, dominador del Africa, y asistió a la odisea de la Conquista, y presencié los instintos originarios surgidos frente al misterio de lo nuevo, habrá llegado al maximum de vida plena, vida puramente material, término donde comienza el olvido de los grandes deberes de la nacionalidad.

CAPITULO IV

El Foco de la Conquista.

Es de rigor, por no decir paso obligado, al estudiar los acontecimientos patrios, de cualesquiera índole o circunstancias, y sea cual fuere el fin propuesto, recordar el pasado glorioso de la conquista colombiana,

partiendo de su base. Fieles a esta costumbre, nos hemos impuesto la penosa tarea de estudiar, desde puntos de vista personales, y a grandes rasgos, como para personas que ya lo saben, los precedentes de nuestra existencia nacional.

En la ruta que seguimos por los libros que se relacionan con nuestra historia, una ciudad nos sale al paso, llena de añoranzas y depositaria del sagrado tesoro de los recuerdos de gloria. Es **Cartagena de Indias**, fundada en 1533 por Don Pedro de Heredia, que juega en la vida de Colombia un papel importantísimo, y que puede considerarse como el más legítimo pedestal de las grandezas nacionales. En todos los acontecimientos, prósperos o adversos, de la Patria, le ha tocado actuar en primer término, y jamás ha esquivado servir a la hora del peligro, nunca se ha quejado, no obstante ser ella la que más rudos golpes reciba, con diezmo de vidas ilustres, y soportando luego el doloroso epílogo de ruinas y miserias. Estoica, valiente y noble, sabe desafiar todas las adversidades, y cuando tocan a su puerta las recibe con el mismo gesto de reina que acostumbra para las olas que besan su manto.

Y es que sobre esa vieja ciudad de claros blasones y bien ganados timbres de **Heroica**, se cierne el espíritu de aquel soldado férreo que se llamó **Don Pedro de Heredia**, alma de león y tipo sin rival entre los conquistadores del Nuevo Mundo. Hombre fué éste de gran firmeza y de extraordinarias energías, de voluntad probada y propio ingenio, que dejó impresa, con caracteres que no borrarán los siglos y los acontecimientos, toda su personalidad a la hija dilecta, heredera de sus acciones y de su gloria imperecedera.

Cartagena fué la tercera ciudad fundada en territorio colombiano, y desde entonces se consideró como el alma de las conquistas del Interior y madre de esas empresas gigantes que contribuyeron al surgimiento de la Patria. Ruta obligada de todos los conquistadores, impuso la reglamentación de los futuros descubrimientos, fué centro de reunión de los personajes del siglo y puerta franca de la civilización. Y por todo esto y algo más que está grabado con oro en las páginas in-

mortales de su historia, la Corona de Castilla le concedió prerrogativas que a ninguna otra diera, y Colombia, agradecida, confirmó sus títulos, cuando supo dar gestas de honor y de gloria. Ante la ciudad mártir, pródiga y fecunda se inclina el patriotismo, y los corazones le ofrendan el fruto de su amor, ya que, como ninguna otra, ha sabido poner por los cielos de la fama el nombre de Colombia.

No vencieron su altivez de Reina los abusos de los bucaneros, esos lobos de mar, audaces y ladrones, que llenaron de lodo sus hogares; y por su honor, ese honor herencia del hidalgo, supo batir escuadras en la Bahía, derrotar ejércitos mayores, salvar la Patria del escarnio y escribir con sangre el primer capítulo de su Historia. Y del fondo de esa noche de latrocinios y sacrilegios, emerge la figura del insigne **Don Blas de Lezo**, de alma de acero y de valor excepcional, quien, a pesar de las deficiencias de su físico, supo dar mayor realce al empuje de valor y de heroísmo, cambiando en nota cómica las monedas de escarnio que trajera el almirante Vernón.

Pero su nota culminante está todavía más cerca, y es más grande y valiosa en la epopeya nacional. Es el **once de noviembre**, que pone de gala el patriotismo; que entumece los miembros al crisparse en ondas de emoción; un amanecer de luz para Colombia que vió reforzado el ideal de Julio. El Acta de la Independencia es un Documento Memorable, que bien puede ponerse junto a los Libros Sagrados como Evangelio de patriotismo y honradez.

Días de luto y llanto la esperaban, sin embargo. La tempestad horrisona de la Reconquista fulminaba rayos de muerte para la causa de los patriotas. Y en esa hora trágica de dolor y de agonía, Cartagena fué la víctima escogida, el lugar que debía recibir los primeros golpes del odio y la venganza. Allí, antes que a otra plaza, se dirigían las escuadras sitiadoras, como en otro tiempo las naves piratas. Sin fuerzas suficientes para la defensa, abandonada a su mala suerte, anarquizadas y divididas las pocas unidades de resistencia, su síno estaba escrito: **SUFRIR**. Y con valor que envidiara Esparta

soportó la dura suerte que le impuso su situación... Y sobre las calles que más tarde habían de consagrar, como vía de Redención, los nueve mártires, sus hijos se mordían las manos, famélicos y desesperados, y caían de una vez y para siempre, sin soltar el arma... Doble-
mos esta página de dolor y de agonía.

Culminan las gestas de gloria y de hidalguía en época reciente. Es corona de inmortales que bruñe y enaltece sus blasones; es luz en la oscuridad de una época de vergüenzas, y tiene para el alma patriota consolaciones de altivez y rebeldía. Italia pretendió humillarnos, al ponerse en contra de nuestra justicia, que no es venal y sabe castigar el crimen, sea quien fuere el autor. Y envió a un audaz marino, a Candiani, y Cartagena, fuera de sí, sintió renacer todas las epopeyas de su limpia historia en una soberana altivez... que por mala suerte hubo que calmar de orden superior.

Tal es, a grandes rasgos descrita, la ilustre Cartagena de Indias, la ciudad patriota y generosa, cuna de héroes epónimos, foco que alimentó las empresas civilizadoras de Colombia, baluarte invulnerable de la Libertad, y Madre que hizo nacer, con el vigor que prestara a las expediciones, a este pueblo trabajador y fecundo, donde se renueva cada día el espíritu de la raza bravía que puebla las Montañas Cantábricas y las Sierras de la Vasconia. Admiraremos en esa noble ciudad el esfuerzo del patriotismo intenso y sublime, y tributemos gratitud a su recuerdo con amor y veneración.

CAPITULO V

Las Montañas Antioqueñas.

Varias campañas, procedentes de los distintos focos de población, hicieron el descubrimiento total de Antioquia en la primera mitad del Siglo XVI. En los diez años siguientes, conquistadores establecidos ya en el territorio, completaron el sometimiento de la sección, utilizando los caminos abiertos por los predecesores, y fundaron prósperas colonias en los lugares donde el oro era incentivo de población y un centro activo de progre-

so y de comercio. Y así, vino a suceder que antes de cincuenta años de vida, Antioquia fuera una Provincia importante del Nuevo Reino de Granada, con Gobierno propio, ciudades confortables, y asiento de pobladores sobrios, trabajadores y pacíficos, que la encauzaron por vías de civilización y cultura.

Para mejor orientación y comprensión de este trabajo, nos permitiremos bosquejar estas expediciones, seguros de que todo esfuerzo en pró de la Patria Chica es digno de memoria, así como al hablar de las virtudes personales, los méritos y la posición de un individuo, se mira siempre atrás, a los progenitores, a esos abuelos felices cuya sangre tuvo un tan bello renuevo de actividades. Antioquia ha sabido probar con hechos, que son el mejor exponente, que no fueron baldíos los esfuerzos titánicos para darle vida, y compensa su actuación de paz y de trabajo los sacrificios de los conquistadores y las vidas anónimas enterradas en los bosques milenarios, como tributo a la labor ímproba de crear.

Las primeras expediciones que descubrieron a Antioquia salieron de Cartagena, ciudad que lleva la honra de haber iniciado la conquista de esta rica sección de la República, y sus tropas la atravesaron toda, de Norte a Sur, en un solo himno de empuje y rebeldía contra la lujuriosa y agresiva urdimbre de obstáculos naturales. Tocó al Gobernador dirigir la primera campaña. En busca del Mar del Sur, recientemente descubierto por Balboa, y más que todo con el fin de explorar el interior, de cuya riqueza era pregonera la alta fama, salió de Cartagena una lujosa expedición, de doscientos infantes y cincuenta caballeros, y trasmontando la cordillera llegó a las Sabanas, vasta extensión de llanuras por donde corre el Sinú perezoso y dormido. Señora de aquellos dominios feraces—futuro emporio de riquezas—era la cacica de Finzenú, quien recibió amigablemente a los expedicionarios y los colmó de atenciones; hospitalidad regia y digna que, desgraciadamente para la causa civilizadora, pagaron bien mal los soldados de Heredia con el saqueo del pueblo y los ultrajes de todo género inferidos a los pacíficos habitantes.

El cementerio general de la comarca estaba formado por túmulos de tierra, a manera de pequeños montículos, y habiendo sido informados por el guía de que contenían oro, se dieron a la tarea de explotarlos, lo que, en efecto, les produjo abundantes riquezas. Empero, los indios, cansados de malos tratamientos, indujeron a Heredia a internarse más al Sur, a la región de Zenufana, cuna del oro, que obtenían los naturales a cambio de mantas y productos agrícolas. Diferida, pues, la excavación de los sepulcros para el regreso de la nueva campaña, emprendieron los soldados, mal contentos y murmuradores, la nueva aventura. Por una ruta fragosa y en un país frío, donde los temporales son frecuentes, anduvieron varias semanas, acosados por el hambre y las incomodidades, hasta invadir las hoyas del Nechí y sus afluentes, y llegaron en su expedición hasta las Lomas de San Bartolomé, donde hallaron nuevas habitaciones indígenas (1).

Soñaban los aventureros con un Dorado ideal, donde el oro se recogía como la arena del lecho de los ríos, y por eso la visión de Antioquia, enmarañada y áspera, fué un fracaso para su codicia. Enfermos, hambreados y con no escasa mengua de unidades de tropa, regresaron al Sinú, cuyos tesoros habían traspuesto los indios, y poco después entraban en Cartagena, "tan flacos y amarillos, que parecía que los habían sacado de los sepulcros de que no cesaban de hablar". "Juicio impenetrable de Dios, que todos los que violaron estos sepulcros, que no por ser de idólatras dejan de ser sagrados, murieron pobrísimos y en hospitales, y ninguna de las fortunas que se hicieron pasaron a segundo poseedor"—dice Fray Pedro Simón en sus Noticias Historiales.

Hé aquí el verdadero descubrimiento de Antioquia, hecho ocurrido en el año de 1534, segundo de la fundación de Cartagena.

En 1537 concedió Don Pedro de Heredia permiso a Francisco César para una nueva expedición en solicitud del codiciado Tesoro de Dabaybe, cuya fábula fué una

(1). Esta opinión la hemos hallado en la Historia del P. Fernández de Piedrahita.

venganza de la Madre Tierra contra los violadores y asesinos de sus rústicos hogares. Francisco César ha pasado a la historia un nombre ilustre y simpático, con más virtudes que vicios, más magnánimo que cruel, y tiénese, por un error de que adolecen todos los textos de Historia Patria, como el verdadero descubridor de la tierra, ya que “la suerte, en compensación de los sufrimientos sobrellevados con tanta dignidad y grandeza de ánimo, le tenía reservado ser el descubridor de la aurífera tierra antioqueña”—como lo insinúan los historiadores nacionales Henao y Arrubla—Muy injustamente, en verdad, cargaron los Heredias de oprobios y cadenas al denodado César, y éste, bondadoso y cristiano, supo, cuando la desgracia visitó a sus perseguidores, perdonar las ofensas y colmarlos de atenciones y cuidados.

César salió de Cartagena por la vía de San-Sebastián, con una expedición compuesta de 100 hombres y algunos caballos, y trasmontando la Cordillera del Abibe llegaron a un limpio valle, denominado en lengua indígena Guaca. Era jefe de la comarca el Cacique Nutibara, quien recibió hostilmente a los conquistadores, trabándose un reñido combate del que salieron triunfantes las armas españolas. El resultado general de la campaña, si bien no fué del todo favorable por la pérdida de soldados en la difícil travesía de la sierra y en los escabrosos terrenos que rodean el Golfo de Urabá—lo que hace de ella una atrevida expedición, con visos de leyenda—no dejó de tener su recompensa en botín y glorias militares, o como ingenuamente se expresa el cronista Castellanos:

“Y sacóles a tierra de más lumbre,
Mejores influencias y templanzas:
Por ella suben hasta cierta cumbre,
Divisan rasos campos con labranzas,
Es tierra del Guaca que se derrama
Por rico mineral a cada lado”.

El valle de Guaca, situado al Occidente del Departamento

mento, entre los ríos Cauca y Chocó, y más allá del ramal andino, viene a constituir, en el día, el Distrito de Dabeiba (1). Al comparar el estado de servidumbre y superstición en que se hallan los escasos naturales de esa región, con la relativa civilización y con el maravilloso brío de los antiguos moradores, a quienes la conquista dispersó en los montes, no puede menos que lamentarse hondamente la crueldad de la época y la ambición y codicia de los conquistadores.

De vuelta Francisco César a Cartagena, encontró allí a Pedro Badillo, Juez de Residencia enviado contra los Heredías, a quienes redujo a prisión, confiscó sus bienes y, dueño de vidas y haciendas y constituído Gobernador de la Plaza, se dió a cometer toda clase de tropelías contra los naturales. Temeroso del furor de la Corte, resolvió hacer algo digno de la época, que cohonestara sus infamias, y con cuatrocientos soldados, otros tantos caballos y negros e indios de servidumbre, emprendió nueva campaña sobre Antioquia, con ánimo de atravesarla y llegar hasta el Perú. Llevó como segundo a César.

Esta expedición siguió la ruta anterior, pero muy otra fué su suerte. Diríase que, en ocasiones únicas, la Naturaleza cobra las deudas contraídas por los monstruos salidos de su seno, sometiendo sus acciones, aun las que podrían figurar en el escalafón de la gloria o en los anales del heroísmo, al más completo olvido. De la campaña de Badillo nada dice la Historia, ni hay una sola cosa digna de mención. Se colmaron los padecimientos y calamidades con la muerte del valiente y magnánimo César, y enfermos y abatidos arribaron a Cali, donde la prisión y el extrañamiento aguardaban al Jefe.

Con esta campaña quedó conquistado el Oeste de Antioquia y abierta la vía del Mar Caribe al Valle del Cauca.

(1). Nos ha confirmado en esta opinión el Dr. Gustavo White U., perfecto conocedor de la región.

CAPITULO VI

Expediciones por el Sur.

Pocos días después de las campañas invasoras del Norte, cuyo resultado acabamos de esbozar, se efectuaba la expedición conquistadora, no menos atrevida y grande, del Mariscal Don Jorge Robledo. Robledo es uno de los Capitanes más ilustres de la Historia Americana, tanto por su arrojo y valentía como por su natural simpatía y su ingénita bondad de alma, y su prematura y trágica muerte se considera como un borrón indeleble que manchó las armas españolas.

Las avanzadas del fundador del Perú, Don Francisco Pizarro, llegaron hasta Cali, y desde allí se aventuró la expedición de Robledo por todo el Sur de Antioquia. Fueron un triunfo y un éxito indudable sus acciones de armas desde Manizales hasta Santa Fe de Antioquia, al través de los belicosos indígenas de la comarca. Son notas culminantes que esmaltan esta odisea gloriosa, el descubrimiento del Valle de Medellín, el paso del Río Porce—"verdadero depósito aurífero de la República"—y la fundación de la primera ciudad en territorio antioqueño, todo lo cual dejó impreso, para siempre, el señorío hispano en la Montaña de Oro.

Robledo había juntado para esta campaña los restos dispersos de la expedición de Badillo, y con ellos hizo sus triunfos en el Interior de la Provincia, llevándolos nuevamente al Occidente, a lugares ya descubiertos y conocidos, y por ende bajo el dominio titular del Gobierno de Cartagena. Y esta coincidencia de conquistas en un mismo territorio fué motivo para que se declarara la guerra entre Don Pedro de Heredia—rehabilitado en el ejercicio de sus funciones, con la muerte del cruel Badillo—y Don Sebastián de Benalcázar, fundador de Popayán, y ardiera la discordia con un encarnizamiento tal como no se viera en ninguna otra región de Colombia. La extensión de las conquistas en el Norte y en el Occidente de Antioquia agrandaba los dominios de Heredia, y éste se aprestaba a hacer sentir la pujanza de su brazo, tanto por natural ambición cuanto para resarcirse de los ultrajes que le había hecho su-

frir el malaventurado Juez de Residencia. Benalcázar, de carácter impetuoso, y lleno de orgullo por sus triunfos en la conquista del rico territorio de los Incas, estaba situado en Popayán, y daba como continuación de su jurisdicción lo descubierto y sometido por el Mariscal, y a ello lo impelían su natural codicia y sus indiscutibles méritos de guerrero victorioso.

Hé aquí, frente a frente, dos rivales poderosos, iguales en audacia, valor y méritos y únos en voluntad, energías y ambiciones. La lucha no tardó en estallar. Fué, como lo expusimos en capítulo anterior, la exacerbación del individualismo ancestral, el despertar de rencores atávicos, la lucha por el mando supremo y el deseo inmoderado de gobernar vastas extensiones, desconocidas y vírgenes, lo que empujó locamente las huestes españolas a sembrar de cadáveres europeos las mudas soledades de Antioquia. Y del fondo fragoroso y terrible de esta lucha entre hermanos, surgió, elocuente, la protesta viva, en la sangre noble del Mariscal Robledo—sacrificado inicuaamente en la Loma del Pozo, por orden de Benalcázar—clamando al cielo contra la ambición y la avaricia de los conquistadores...

Una final empresa debía llegar a completar la sujeción total de la tierra antioqueña. Venía del Centro, de Santa Fe de Bogotá, la Atenas Muisca, recientemente fundada con éxito insuperable por Don Gonzalo Jiménez de Quesada, otro conquistador a quien la fama ha pagado justamente sus loables hechos. Sus avanzadas habían explorado ya una gran extensión al Sur, cerca de los Nevados del Ruiz y del Tolima, y esas armas, siempre victoriosas, parecían enmohecerse en la inercia, al mismo tiempo que la falta de aventuras hacía insufribles a los viejos soldados. Por otra parte, el Nuevo Reino había sido invadido por una multitud de aventureros, hombres sin Dios y sin Ley, ni oficio ni beneficio, perturbadores de la paz y tranquilidad de los pueblos coloniales, y a éstos era preciso ocupar en algo honesto, a fin de que esas actividades dieran de sí algo importante para la Corona.

Esto pensaba Don Miguel Díaz de Armendáriz, Fis-

cal de la Corte y encargado del Gobierno Supremo, y para cumplir sus deseos escogió a Francisco Núñez Pedroso, quien juntó las turbas rapaces y los soldados aventureros en una fuerte expedición que se dirigió al Oriente, hacia el curso de los ríos La Miel, Guarinó y otros afluentes al caudaloso Magdalena. Pedroso hizo incursión por las cordilleras del Oriente hasta las inmediaciones del Río Samaná, pero hubo de regresar, intimado por las amenazas de Fernando de Cepeda, oficial de Benalcázar, quien dirigía de Popayán, desde la muerte de Robledo, todos los asuntos relacionados con la conquista de Antioquia.

Entre Pedroso y Cepeda hubo fuertes reyertas, que dieron por resultado nueva efusión de sangre, y vencedor el segundo hubo de cederle el campo el primero, retirándose a sus dominios del río Guarinó. Poco tiempo después de esta aventura sin éxito se fundaron las ciudades de Mariquita y Vitoria en el Tolima, centros que se enriquecieron, florecieron y murieron en el espacio de pocos años. Grande era, sin embargo, la fama de la riqueza del ángulo comprendido entre los ríos Cauca y Magdalena, y atraído por ella pidió permiso el Cabildo de Vitoria a la Real Audiencia para explorarlo y fundar nuevas poblaciones. Se concedió la primera parte de la petición, y desde esa misma hora diversas expediciones se dirigieron al interior, comandadas por Bernardo de Loyola, Diego de Carvajal y Juan Valero, con éxito negativo todas ellas y, lo que es peor, roídos entre sí los Jefes por envidias, ambiciones y delaciones de todo género.

CAPITULO VII

Campaña de Martínez de Ospina y fundación de Yolombó.

En el año de 1560 dió licencia el mencionado Cabildo de Vitoria a Don Francisco Martínez de Ospina, compañero del fundador de la Villa, para la exploración del interior de Antioquia, haciendo uso de la autorización concedida por la Audiencia, pero con las restricciones que ella imponía, es decir, la prohibición de fundar poblaciones.

Martínez de Ospina era sujeto de noble estirpe, rico y bien relacionado; con honores de Gran Maestre de Campo; de gran entereza y de carácter firme, no reñido con la benevolencia y el desprendimiento; mandaba con suavidad y se hacía obedecer sin réplica, y orador reposado y persuasivo. Su espíritu público, amigo del progreso y que no sabía de quietudes inactivas, y el valor arrojado en los peligros, lo llevaron a figurar en fila de honor en todas las empresas conquistadoras, y en ésta, que ensayamos describir, hizo de su propia cuenta todos los gastos. Los cronistas de la época hacen de él mención elogiástica, y uno de ellos—Joan de Castellanos—dice:

“Uno fué destos Francisco de Ospina,
Célebre Capitán de los Remedios,
Ciudad en este Reino cimentada
Por él, que fué su fundador primero”.

Refiriéndose a posteriores sucesos en los que tomó parte activa Don Francisco, luégo de terminada su campaña, dice el mismo cronista:

“Y ansi se despidió de sus amigos,
Con íntimo dolor de todos ellos,
Y desconsuelo general del Campo
Por ser varón a todos agradable
Y de tal condición que nunca supo
Negar favor a quien se lo pedía,
Ni por hacer el bien cerrar la mano”.

El Maestre Don Francisco fué el séptimo ascendiente, en línea recta, del Dr. Mariano Ospina Rodríguez, ex-Presidente de la República, y tronco de una de las familias que más honra y lustre han dado a Colombia en diversas manifestaciones de actividad.

Nos hemos detenido en la descripción de esta figura de la Conquista, porque consideramos de suma importancia para el fin de nuestro trabajo el conocimiento perfecto de un personaje que está íntimamente ligado al pueblo en cuyo bien hemos emprendido esta dura e

improba labor de reconstrucción histórica. Hecha esta digresión, reanudemos el esbozo de la Conquista de Antioquia.

Conforme a las disposiciones emanadas de la Real Audiencia, equipó una lucida expedición; llamó a su servicio a García Valero y a Vasco Pérez de Sotomayor, quienes habían seguido a Pedroso en su primera expedición, y preparado así todo, emprendió su ruta por las breñas de lo que hoy se llama Cordillera de Sonsón, y sin ascender a la parte alta fué ladeando el contrafuerte, a pesar de los obstáculos impuestos por los ríos caudalosos y demás elementos naturales.

Innumerables fueron los trabajos de esta campaña atrevida. La tierra, áspera y montañosa, oponía barreras casi infranqueables al conquistador. Reptiles y plagas venenosos mortificaban a la tropa, y los caballos se despeñaban en las simas insondables de los barrancos. La inclemencia de la estación era un obstáculo para la marcha, porque esa región, la más hidrográfica de Antioquia, tenía sus torrentes fué de madre, precipitados en busca del lecho del Magdalena. Las enfermedades endémicas de la región dejaban mermas dolorosas en el grupo de los expedicionarios audaces y valientes. Y para que el cuadro de penalidades y padecimientos fuese más sombrío y completo, los moradores de la tierra, los pacíficos indios Tahamíes, de natural hospitalario, quisieron vengar en ellos los malos tratamientos que les hicieron las expediciones de Loyola y Carvajal, y al mando de los Caciques Puchina y Mutambe, señores del Samaná, los atacaron en una cruda y tenaz guerra de asaltos y emboscadas.

Todas estas incomodidades, la agresión inmisericorde de la tierra, el hambre y las fatigas, hallaban en el pecho de Martínez de Ospina un escudo acerado, fuerte resguardo de alma luchadora y varónil. Así arribó al valle de Samaná, conocido ya por Pedroso y Cepeda y teatro de sus reyertas sobre jurisdicciones, al que bautizaron con el nombre de Corpus Christi. Adelantando más hacia el Norte, tropezó con otro valle amenísimo y delicioso, regado por aguas límpidas y puras, al que

dió el nombre de San-Blas (hoy San-Carlos) y fundó una población pequeña con el nombre de Nuestra Señora de los Remedios. Quería descansar allí un momento de las fatigas de tan atrevida campaña, y creyó que ese lugar, como toda Antioquia, sería un venero de riquezas auríferas.

Al poco tiempo de estadía en el ameno valle, se convenció de la escasez de minas y de la casi absoluta falta de naturales, y tendió la vista a Zenufana, hacia el Nordeste, donde el ángulo de los dos ríos comenzaba a estrecharse, y cuya fama no había amenguado el desastre de la expedición de Heredia. Abandonó el valle de San-Blas, levantó la naciente población, y emprendió la marcha con su diezmada columna de valientes.

Nuevamente la feroz bravura de los bosques quiso imponérsele con el laberíntico cruzamiento de vegetación cuajada y las fragosidades de los ríos caudalosos. Así pasó el Nare y coronó la cordillera. Y hé aquí que el Destino reservaba al émulo de César y Robledo, en las sinuosidades del porvenir, ser el conquistador audaz que contemplara en toda su belleza la azulosa lejanía de montañas confinantes con el cielo.

Como el valle de Guaca—grato alivio para los ojos de César—como su hermano el Aburrá—visión consoladora de Robledo—el Valle del Nus se presentó ante las miradas plenas de asombro del Capitán de Ospina, como una promesa de venturas y abundancias. Su alma grande, atrevida y retadora, tuvo un momento de estupeor ante la belleza del espectáculo presente...

Hondo, encajonado en un océano de esmeralda, se desenvuelve el río, portando limo fecundante a las orillas y avaro de la arena gualda más apreciada en los mercados. Hoscos, surcados de arrugas, en explosión de alegres cataratas, dos promontorios de montañas. Más allá, la confluencia de los cerros deja ver un horizonte que es un reguero de tintas policromas. Absorto se detuvo. Tal vez miró en el tiempo como un vidente, y adquirió la visión asombradora del futuro... El humo de las calderas y el rugir de las locomotoras dentro del valle; las paralelas abrazando el río ante la sonrisa luj-

riosa del Padre Sol que se asoma tras las montañas cuando nace y cuando muere; el progreso que canta un himno de triunfo, el triunfo de una raza titánica y valiente... ¿Quién dirá que no miró en el tiempo...?

Prosiguió la expedición. Al otro lado del río, donde, al coronar la cima de la cordillera, las montañas se recogen en pequeños y graciosos oterillos, cubiertos en su cúspide de cerrada vegetación, dando así un aspecto de rara belleza al paisaje, fundó el Maestre Don Francisco una nueva población con el nombre de Nuestra Señora de los Remedios, al cual estaba aficionado por una devota tradición de familia. Tuvo lugar dicha fundación en el Caserío indígena de Yolombó, ya conocido por Heredia en su desastrada expedición al interior de Antioquia, según tuvimos ocasión de verlo cuando estudiamos las campañas conquistadoras del Norte.

La buena acogida que le dieron los indios, la abundancia de oro, la benignidad del clima y la belleza del lugar, hicieron permanecer varios años al Capitán de Ospina en la nueva fundación. Durante este tiempo cobró grande importancia como centro minero y agrícola, y atrajo la inmigración de muchas familias españolas residentes en Vitoria y Mariquita, quienes establecieron aquí las comodidades de la vida social y fundaron las costumbres austeras y honestas de la raza, de tal suerte que cuando el conquistador la abandonó con sus tropas, para ir a explotar los inacabables y ricos venenos auríferos de Remedios, adonde trasladó definitivamente el nombre de la ciudad, ya el pueblo tenía lo que puede decirse vida propia, y subsistió.

La circunstancia de haber fundado poblaciones contra las órdenes expresas y terminantes de la Real Audiencia, colocó a Martínez de Ospina en situación apurada: acusado ante el Cabildo de Vitoria, tuvo la mala suerte de verse asediado por jueces y fiscales que le exigían cuenta de sus acciones; pero como ocurrió siempre entre conquistadores, y dado el ambiente moral de la época, él supo llevar el asunto de tal manera que siempre resultaban en su favor las declaraciones de aquéllos. Por fin, uno de ellos, Lope de Salcedo, quien no sabía de

venalidades, lo obligó a comparecer ante el Cabildo, y en vista de sus méritos se le canceló el juicio, no sin antes obligarlo a retirarse a la vida privada, para lo cual se le dió la Encomienda de Guasca, donde fundó su hogar y murió tranquilamente en la paz del Señor.

Motivo de odio mortal entre familias principales fué la acción de Salcedo contra Ospina; la ciudad de Vitoria se dividió en dos bandos, como las poblaciones de Italia lo hicieron en otra época, y este escándalo originó la desaparición y aniquilamiento de ella, cuando, por su situación y riqueza, prometía ser una de las más populosas y ricas del Nuevo Reino.

CAPITULO VIII

La Población Aborígen.

La vasta y numerosa población aborígen diseminada en el Nuevo Continente estaba representada en Antioquia por tres grandes ramas, procedentes—según los investigadores más autorizados—del indio Caribe, habitador nato de la zona ardiente de las costas. Estas diversas especificaciones conservaban al través de los siglos en que el éxodo gigante de aquella raza guerrera debió verificarse, idéntico tipo y muestras semejantes de parecido, aunque diferenciadas por naturales huellas de ambiente, clima y costumbres. Estaban separados por fronteras naturales de ríos y cordilleras, y se denominaban: **Tahamíes, Nutabes y Catíos.**

En esta exposición, que nada puede tener de original, toda vez que lo nuevo es casi imposible hoy en prehistoria colombiana, seguimos las eruditas investigaciones del Dr. Manuel Uribe Angel, uno de los pocos sabios que con paciencia benedictina se preocuparon de estudiar las costumbres, religión y lenguaje de los indios pobladores de Antioquia. Siguiéndolo, pues, diremos que los Tahamíes ocupaban los lugares medianeros al Porce y al Magdalena, es decir, la parte oriental de Antioquia, debiendo advertirse, para mayor claridad, que esta nación tenía un apéndice hacia el Sur, entre el Cauca y la Cordillera Central. Fueron dominios de los indios Tahamíes,

y en ellos dejaron sus nombres originales, los lugares en donde se hallan los Distritos de Yolombó, Peñol, Cocorná, Pácora, etc., etc. Eran suaves y mansos de carácter, de naturaleza poco guerrera, más dispuestos a entrar en la vida social, propios para la servidumbre, aventajados en los ejercicios gimnásticos, corredores sueltos y veloces y luchadores insignes, pero menguados en sus facultades morales y carecían casi de energía individual. Ya vimos que las expediciones conquistadoras que cruzaron su territorio fueron las de Heredia, Pedroso y Martínez de Ospina.

Los Nutabes habitaban la parte central del Departamento, entre los ríos Cauca y Porce, y eran bravos y esforzados en la pelea, ágiles, esbeltos y formidables para la lucha. Tejían telas de algodón que les servían para su vestido y para el intercambio comercial con sus vecinos. Fueron los únicos naturales a quienes el conquistador halló cubiertos de ropa. Tal vez no es aventurado afirmar que eran también los más civilizados. Ocupaban, entre otros, los Distritos que forman la banda derecha del río Medellín y los de Titiribí, Ebéjico, Heliconia, Anorí, Cáceres, Santa Rosa de Osos, etc., etc. Al través de su territorio se desarrolló la mayor parte de la campaña del Mariscal Robledo, y fué teatro de las luchas armadas sobre disputas de jurisdicción entre Benalcázar y Heredia.

La nación Catía habitaba los desiertos anegados cercanos al Golfo de Urabá, y las vertientes de uno y otro lado de los Andes hasta el río Cauca, y las selvas del Chocó, es decir, toda la parte occidental de Antioquia; eran feroces y dotados únicamente de los instintos brutales que se derivan del influjo de la carnalidad. Las pasiones, hijas de un estado social adelantado, les eran totalmente desconocidas. Vivían en los bosques, más comúnmente sobre zarzos de madera que construían en la copa de los árboles gigantes, y se sustentaban con el producto de la caza y de la pesca. Eran, en suma, tribus nómadas, sin pueblos ni casas, antropófagos y valientes, diseminadas a lo largo de un territorio ardiente, de vegetación agresiva y lujuriosa. En sus dominios se encuentran hoy los distritos de Buriticá, Dabeiba, Ituan-

go, etc., y ellos fueron teatro del magno empuje de las expediciones de César y Badillo. Sus campos, todos, fueron devastados por la codicia de los conquistadores, quienes, desde los lugares donde reinaba el Cacique Nutibara, soñaban estar cerca del quimérico y fantástico Tesoro de Dabaybe.

Reseñado a grandes rasgos el estado de los aborígenes americanos al tiempo de la conquista, tócanos ahora estudiar las causas que influyeron para que esa vasta fábrica de civilización precolombina continúe siendo un misterio indescifrable para la Ciencia Histórica, y las circunstancias que concurrieron para dar en tierra con una raza que, al decir de eruditos, era numerosa y llegó a cierto grado de cultura que pasma y admira. Porque es fama que los indios fueron hábiles ingenieros, delicados orfebres (trabajaron el oro sin emplear los modernos sistemas de aligación y soldadura), astrónomos, pintores, escultores y arquitectos. Nada queda de esa admirable cultura, paralela de Grecia y Roma, nada de sus monumentos, y de sus contados monolitos grabados con jeroglíficos sólo se alcanza a ver, entre la estulta indiferencia del presente, uno que otro, perdido y abandonado en medio de la selva.

“Los nuevos descubrimientos—dice Cantú—no daban idea a la Europa más que de la riqueza metálica; todos creyeron hallar en abundancia en el Nuevo Mundo el oro y las piedras con que Marco Polo, los viajeros y las **Novelas Arabes** habían despertado la avaricia en los alcázares de los príncipes orientales: los pocos ensayos que se habían hecho estaban exagerados por la imaginación o calculados con una esperanza insaciable; el mismo gobierno pedía oro para pagar los gastos de la expedición o para llenar sus propias arcas. En vano repetía Colón que era preciso tener paciencia, presentando como ejemplo a Portugal que había tenido que esperar bastante tiempo para sacar provecho de la Guinea: se quería el fruto antes que madurase, y para cogerlo se cortaba la planta”.

Y este fué el primer paso de la esclavitud india, lla-ga que todavía destila sangre, enrojeciendo de baldón

a los gobiernos civilizados que la permitieron. Del Consejo Real de Indias, que dirigía en Madrid el arcediano Juan Rodríguez de Fonseca—hombre colérico y vengativo—emanaban órdenes y decretos tiránicos contra los habitantes de las Indias Occidentales, y de allí resultó que la obra más asombrosa de los siglos vino a convertirse—según la autorizada frase del ya citado Cantú—en un azote para la humanidad. Empeñada la guerra entre las dos castas, natural y lógico era que venciera el más aguerrido, y de allí nació la esclavitud. Transportados a España multitud de indígenas, los más murieron en la travesía, debido a los malos tratamientos, y los restantes se vieron obligados a soportar para siempre las cadenas y a trabajar para aquellos extranjeros que se habían apoderado de sus lares fecundos y hermosos, cambiando en desolación y tristeza su natural alegría.

Sometidos los naturales a penosos trabajos, mal alimentados y constantemente castigados, como si se tratara de animales, fueron entrando en un período de abatimiento que les hizo desear la muerte. Se cuenta en la Historia que ocurrió repetidas veces el caso de que, tras un largo esfuerzo y sintiéndose el indio morir de cansancio y de hambre, al ser castigado cruelmente por su amo para que continuara, se volviera a él y le dijese: “Matadme aquí, quiero morir”. Todas las crueldades imaginables se cometieron. La Historia está llena de ejemplos que horrorizan. Un español, no teniendo qué dar a sus perros, cogió el hijo de una esclava y lo partió en pedazos para sus canes. Otro, a quien se le había caído alguna prenda en un sumidero o pantano, y no la hallara pronto, arranca a un niño del pecho de su madre, y lo sumerge en el lodo para que al día siguiente le sirva de indicador del lugar a donde debe volver a buscar lo perdido. Incendios, robos, mutilaciones, tormentos, todo en fin cuanto pueda inventar la más refinada maldad—martirios de los cristianos en el Circo, sacrificios y ritos del Oriente, fiestas del Senegal, etc.—se practicó por franceses, ingleses, portugueses y españoles, a fin de destruir la raza aborigen, pobladora de un vasto Continente.

Ni la natural conmiseración, instintiva en el sér ra-

cional, ni las predicaciones de los religiosos defensores de los Indios, ni las Bulas emanadas de la Silla Pontificia, ni Cédulas Reales, ni el Arte mismo, lograron atajar la tempestad de maldades que se extendió por la América; y ni el propio interés personal de la ganancia, a la vista del aminoramiento pavoroso de la raza india, alcanzó a vencer la crueldad conquistadora. Diez años de conquista fueron suficientes para extinguir casi por completo al indígena. Los últimos ejemplares abandonaron los lugares poblados, y con el abismo de crueldades impreso en el alma, se sepultaron en las espesuras de los bosques milenarios, donde duermen el sueño de la más negra ignorancia y, plenos de cobardía y apocamiento, están vegetando en la tristeza y en la oscuridad de los irracionales.

Y para llenar los claros que la crueldad abrió en los indios, o para atenuar el rigor de la barbarie, se introdujeron los negros del Africa, se instituyó el comercio de carne humana, y esta sí que es una página atroz y dolorida que pone crispaturas en el alma, y que nosotros volvemos silenciosamente, tristemente.

Hé aquí la razón de por qué somos un pueblo enfermo de tristeza y melancolía, que sueña con añoranzas y vive del ideal que fué...
